

época. No la amaba y se casó por necesidad. Había devorado hasta la última peseta de la fortuna que le dejó su padre, y hacía dos ó tres años que no vivía en el mundo de otra cosa que de enredos y trampas. Mlle. Lannilis lo sabía todo y no se hacía ilusiones; pero se decía: «Yo le querré tanto que él concluirá al fin, por quererme».

De esto dependieron todas sus desgracias. Su existencia hubiera sido tolerable si ella no hubiera amado tanto á su marido, pero le amaba demasiado. Sólo consiguió cansarlo con sus persecuciones y sus excesivos cariños. El volvió á hacer, y continuó la vida de siempre, que era muy desordenada. Quince años pasaron así en un continuado y largo martirio, soportado por Mme. de Lavardens con todas las apariencias de una impasible resignación, que no existía verdaderamente en su corazón. Nada la pudo distraer ni curar de este amor que la destrozaba.

Mr. de Lavardens murió en 1869, y dejó un hijo de catorce años, en el que se manifestaban todos los defectos y cualidades de su padre. Sin estar seriamente comprometida la fortuna de Mme. Lavardens se encontraba un poco averiada y en consecuencia de esto, vendió el hotel de París, se retiró al campo, vivió con mucho orden y economía y se consagró enteramente á la educación de su hijo.

Pero todavía la esperaban tristezas y pesares en su vida. Pablo de Lavardens era inteligente,

amable y bueno, pero muy rebelde á la sujeción y al trabajo. Tres ó cuatro profesores que tuvo, en vano se esforzaron por hacer entrar en su cabeza nada serio. Se presentó en Saint-Cyr, no fué admitido, y empezó en París á derrochar, lo más rápida y locamente, dos ó trescientos mil francos.

Hecho esto, se enganchó en el primer regimiento de cazadores de Africa, tuvo la suerte de formar parte en la primera salida de una pequeña columna expedicionaria en Sahara, se condujo valerosamente, y llegó á ser sargento; y al cabo de tres años iba á ser nombrado subteniente, cuando se encaprichó de una jóven que representaba *La fille de madama Angot*, en el teatro de Argel. Pablo había cumplido el tiempo de su servicio, y volvió á París en compañía de su joven artista de ópera bufa,... después la reemplazó una bailarina,... después una cómica,... después una amazona del Hipódromo. Probó de todos los géneros. Vivió de la brillante y miserable existencia de los desocupados... Pero él no pasaba en París más que tres ó cuatro meses. Su madre le daba una pensión de treinta mil francos, y le había declarado terminantemente que, en vida de ella, no le daría un céntimo mas antes de casarse. Conocía perfectamente á su madre y sabía que sus palabras debían tomarse siempre muy en serio. De modo que, queriendo representar un papel distinguido en la sociedad de París, y hacer una vida alegre, se gastaba sus

treinta mil francos en la temporada de primavera, de marzo á mayo, y después volvía dócilmente á retirarse en Lavardens, cazando, pescando y montando á caballo con los oficiales del regimiento de artillería, que estaban de guarnición en Souvigny. Las modistillas y costureras de provincia reemplazaban, sin hacerle olvidar nada, á las cómicas y cantantes de París. Buscando un poco se encuentran costureras en provincia también, y Pablo buscaba mucho.

Cuando el cura estaba en presencia de madama de Lavardens:

—Puedo, le dijo ella, sin esperar la llegada de Mr. de Larnac, decir á usted los nombres de los compradores de Longueval. Bien tranquila estoy, y no dudo del éxito de nuestra combinación. Para no hacernos neciamente la guerra, nos hemos puesto de acuerdo mi vecino Mr. de Larnac, Mr. Gallard, un gran banquero de París y yo. Mr. de Larnac se quedará con la Mionne, Mr. Gallard con el castillo, y Blanche-Couronne y yo con la Rozeriaie. Conozco, señor cura, que estará usted inquieto por sus pobres. Tranquilícese usted. Los Gallards son muy ricos y le darán á usted mucho dinero.

En este momento se vió venir un coche á lo lejos, en medio de una nube de polvo, por la carretera.

—Aquí está Mr. de Larnac, exclamó Pablo; conozco sus jacas.

Los tres bajaron con celeridad de la terraza

y volvieron al castillo... Llegaron, pues, en el momento en que el coche se detenía delante de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó Mad. de Lavardens.

—¡Qué hay! respondió Mr. de Larnac, que no tenemos nada.

—¡Cómo! ¿Nada? preguntó Mad. de Lavardens muy pálida y muy asustada.

—Nada, nada, absolutamente nada, ni unos ni otros.

Y Mr. de Larnac saltó del coche y contó lo que acababa de pasar en el salón de subastas del Juzgado municipal de Souvigny.

—Todo, dijo él, al principio sucedió según se esperaba. El castillo se adjudica á Mr. Gallard por el precio de seiscientos mil cincuenta francos, sin competidor... Una puja de cincuenta francos habría bastado. En cambio hubo una pequeña batalla para Blanche-Couronne. Las pujas se elevan de quinientos mil á quinientos veinte mil francos, y aún la victoria fué para Mr. Gallard. Nueva batalla y más viva aún para la Rozeriaie, que se adjudica á usted, señora, por cuatrocientos cincuenta y cinco mil francos, y yo me llevo, sin competencia, el bosque de la Mionne, con una sobrepuja de cien francos. Todo parecía terminado y ya estaba de pie toda la gente rodeando á los abogados para saber el nombre de los compradores. Sin embargo, Mr. Brasier, juez encargado de la venta, pone silencio, y el alguacil pregona la venta de los cuatro lotes reunidos en dos millo-

nes ciento cincuenta ó sesenta millones, no lo sé bien de cierto... Un murmullo de ironía se oye en la multitud. Por todas partes se oía decir: «Nadie, vaya, no habrá nadie...» Pero Gibert, el abogado, que estaba sentado en la primera fila, y qué hasta entonces no había dado señales de vida, se levanta y tranquilamente dice: «Yo tengo comprador para los cuatro lotes reunidos, en dos millones doscientos mil francos». Esto fué como un escopetazo. Oyóse gran rumor, seguido al instante de un gran silencio. La sala estaba llena de colonos y labradores del país. Ver dar tanto dinero por tierras les dejó en una especie de estupor respetuoso... Sin embargo, Mr. Gallard se dirigió hacia Sandrier, el abogado que había llevado sus proposiciones... y una lucha se empeña entre Gibert y Sandrier. Llegan á dos millones quinientos mil francos; hay un momento de indecisión en Gallard... Se decide... Continúa hasta los tres millones... Ahí se detiene, y la propiedad es adjudicada á Gibert... Se arrojan sobre él, le rodean, le estrechan... «El nombre, el nombre del comprador?—Es una americana, responde Gibert: Mad. Scott.»

—¡Mad. Scott! exclamó Pablo de Lavardens.

—¿Tú la conoces? preguntó Mad. de Lavardens.

—¡Sí, la conozco!... ¡Sí, yo la...! No... Pero he estado en un baile en su casa, hace seis semanas.

—¡En un baile en su casa!... ¡Y no la conoces!... ¿Qué clase de mujer es esa?

—¡Encantadora, deliciosa, una maravilla!

—¿Y hay un Mr. Scott?

—Ciertamente que sí; un rubio alto. Estaba en su baile... Me le enseñaron... Saludaba á todos al acaso, á derecha y á izquierda. Casi no se divertía, lo aseguro... Nos miraba y parecía decirse: «¿Quién es toda esta gente?... ¿Qué vienen á hacer en mi casa?...» Veníamos á ver á madame Scott y á miss Percival, su hermana... que esto bien valía la pena.

—Estos Scott, dijo Mad. de Lavardens dirigiéndose á Mr. de Larnac, ¿los conoce usted?

—Sí, señora, los conozco... Mr. Scott es un americano colosalmente rico, que ha venido á instalarse en París el año pasado. En cuanto oí pronunciar ese nombre comprendí que la victoria no sería dudosa. Gallard estaba vencido de antemano. Los Scott empezaron por comprar en París un hotel de dos millones, al lado del parque de Monceau.

—Sí, calle de Murillo, dijo Pablo; pues como les he dicho á ustedes que había ido al baile de ellos, era...

—Deja hablar á Mr. de Larnac. Tú nos lo contarás luego la historia de tu baile en casa de los Scott.

—Pues bien. He aquí á mis americanos instalados en París, y la lluvia de oro comenzó. Verdaderos ricos de pronto, se divertían en tirar el

dinero por las ventanas. Esta gran fortuna dicen que es muy reciente; y se cuenta que Mad. Scott pedía limosna por las calles de Nueva York.

—¿Ha pedido limosna?

—Así se dice, señora. Después se casó con ese Scott, hijo de un banquero de Nueva York, y de repente, á consecuencia de un pleito que ganaron, les vinieron á las manos, no sólo millones, sino docenas de millones. Tienen, no sé dónde, en América, una mina de plata, pero una mina formal, una verdadera mina, una mina de plata... y en la cual hay plata. ¡Ay! ¡Ya verán ustedes qué lujo van ha desarrollar en Longueval!... Tendremos todos caras de pobres en el país. Se pretende que tienen cien mil francos cada día para gastar.

—¡Esos son nuestros vecinos! exclamó madama Lavardens. ¡Una aventurera! y no es nada todavía... ¡una hereje, señor cura, una protestante!

¡Una hereje! ¡una protestante! ¡Pobre cura! En esto era en lo que en seguida había pensado al oír estas palabras: «Una americana, madama Scott.» ¡La nueva dama del castillo no iría á misa! ¿Qué le importaba á él que hubiera mendigado? ¿Qué le importaban á él tantas docenas de millones si no era católica? No bautizaría á sus hijos nacidos en Longueval, y la capilla del castillo, en la que tantas veces había dicho misa, iba á ser transformada probablemente en templo

protestante, que escucharía sólo la glacial palabra de algún pastor calvinista ó luterano.

Entre todas estas personas que se habían quedado consternadas y desconsoladas, solamente á Pablo de Lavardens se le veía radiante de alegría.

—Una encantadora hereje, en todo caso, dijo él, y aun si usted quiere, dos encantadoras herejes. Es necesario verlas, como yo las he visto, á caballo, en el bosque, con dos lacayitos, que no son más altos que esto, que llevan detrás...

—Vamos, Pablo, cuéntanos lo que tú sepas de ese baile de que hablabas... ¿Cómo pudiste ir al baile de las americanas?

—Por una de las más grandes casualidades de este mundo... Mi tía Valentina se quedaba en casa esa noche... Llegó á las diez, y... la verdad, no son de los más alegres los miércoles de mi tía Valentina... Estaba allí ya hacía más de veinte minutos, cuando diviso á Roger de Puy-martin que se escurría hábilmente sin que lo viera nadie. Le atrapo en la antesala y le digo: «Entraremos juntos.—¡Ay! yo no entro.—Pues ¿á dónde vas?—Al baile.—¿A casa de quién?—A casa de los Scott, ¿quieres tú venir conmigo?—¿No ves que no estoy convidado?—Ni yo tampoco.—¡Cómo! ¿tú tampoco?—No, voy á buscar á un amigo mío.—¿Y los conoce él á los Scott?—Apenas, pero lo bastante para presentarnos á los dos. Anímate y ven... y verás á Mad. Scott.—¡Oh! yo la he visto ya, á caballo, en el bosque.—

Sí, pero ella no va descotada á caballo. Tú no has visto sus hombros... y no te quepa duda que lo que hay que ver son sus hombros... No hay nada mejor en París en la actualidad...» Y á fe mía, fuí al baile... y he visto los cabellos rojos de Mad. Scott... y he visto sus blancos hombros... y espero volverlos á ver cuando haya bailes en Longueval...

—Pablo, dijo Mad. Lavardens señalándole al sacerdote.

—¡Ay! señor cura, le pido á usted mil perdones... ¿He dicho algo?... Me parece que no.

El pobre cura no había oído nada. Su pensamiento estaba en otra parte. Ya veía, por una de las callejuelas del pueblo, al pastor del castillo detenerse delante de cada casa é introducir por debajo de las puertas libros evangélicos.

Continuando Pablo su relato, emprendió una descripción entusiasta del hotel, que era una maravilla...

—De mal gusto... y de lujo chillón, interrumpió Mad. de Lavardens.

—No tal, mamá, no tal... Nada de chillón ni ruidoso... Muebles admirables, disposiciones llenas de gracia y originalidad... Un invernadero incomparable, inundado de luz eléctrica, y la cena, instalada en la estufa, debajo de un emparado lleno de racimos de uvas... en el mes de abril... y se podían cojer á manos llenas. Los accesorios del cotillón habían costado, según parece, cuarenta mil francos. Joyas, bomboneras y

deliciosos juguetes... con ruego de llevárselos. Yo nada tomé, pero mucha gente no cayó en falta. Puymantín esta noche me contó la historia de Mad. Scott;... solamente que no era lo mismo que la contada por Mr. de Larnac... Roger me dijo que Mad. Scott había sido robada muy pequeña por un saltimbanquis, y que su padre la había encontrado dando el volteo en un circo ambulante, saltando por encima de las banderolas y atravesando aros de papel.

—¡Una amazona! exclamó Mad. de Lavardens; más me gustaba pidiendo limosna!

—Mientras que Roger me contaba esta novela del *Petit Journal*, veía yo venir del fondo de una galería la amazona del circo ambulante, envuelta en un maravilloso baturrillo de satén y de encajes, y admiré esos hombros, esos deslumbradores hombros, sobre los que ondulaba un collar de brillantes, gordos como tapones de botella. Decían que el ministro de Hacienda había vendido secretamente á Mad. Scott la mitad de los diamantes de la corona, y que por eso había tenido el mes anterior quince millones de excedente en el presupuesto. Añadan ustedes á esto, si ustedes quieren, que tiene un gran aire la pequeña saltimbanquis, y que se encuentra completamente á su gusto entre estos esplendores.

Pablo iba tan lanzado, que su madre se vió obligada á detenerlo. Delante de Mr. Larnac, que estaba muy despechado, dejaba muy ingenuamen-

te desbordar su satisfacción de tener por vecina á esta milagrosa americana.

El cura Constantino se preparaba á emprender nuevamente el camino de Longueval, pero Pablo, al verlo próximo á marchar:

—¡Oh! no, no, señor cura, usted no va á volver á andar otra vez á pie, con el calor que hace, el camino de Longueval. Permítame usted que lo lleve en coche. Me da mucha pena verlo con tanta tristeza. Quiero ver si puedo distraerlo. ¡Ah! usted es un santo, pero yo le hago reir muchas veces con mis locuras.

Media hora después, los dos, el cura y Pablo, iban en el coche uno al lado del otro, en dirección del pueblo. Pablo hablaba, hablaba y hablaba sin cesar. Su madre ya no estaba á su lado para calmarle y moderarle. Su alegría era rebozadora.

—No ve usted, señor cura, usted hace mal en tomar las cosas por el lado trágico... Mire usted mi yegüecita cómo trota, ¡cómo levanta las manos! Usted no la conoce. ¿Sabe usted cuánto me ha costado? Cuatrocientos francos. La saqué hace quince días de las varas de un carro de un hortelano. Una vez que coje bien su paso, se traga cuatro leguas por hora y se la lleva en la mano todo el tiempo. ¡Mire usted cómo tira, cómo tira!... Vamos, ¡trot! ¡trot! ¡trot! Usted no tiene prisa, ¿no es verdad, señor cura? ¿Quiere usted que entremos por los bosques? Esto le hará á usted bien, tomar un poco el aire... ¡Si usted supiera, señor cura, qué afecto tan grande le ten-

go... y qué respeto!... ¿He dicho demasiadas tonterías hace un momento delante de usted? Lo sentiría mucho!

—No, hijo mío, no he oído nada.

—Ahora tomaremos el camino de los estudiantes.

Después de haberse echado á la izquierda por dentro del bosque, Pablo volvió sobre su primera frase.

—Le decía á usted, señor cura, que hace mal en tomar las cosas tan trágicamente. ¿Quiere usted que le diga lo que pienso? Es una dicha lo que acaba de suceder.

—¿Una dicha?

—Sí, una dicha. Más me gustan los Scotts que los Gallards. Ha oído usted ahora á Mr. de Larnac atreverse á criticarles que gasten locamente su dinero. Nunca es locura gastar el dinero. Lo que es locura es guardarlo. Sus pobres—porque estoy bien seguro que usted está pensando constantemente en sus pobres—pues bien, sus pobres han tenido hoy un buen día. Voy á decirle mi opinión. ¿La religión?... sí, la religión... ¡No van á misa!... Le da á usted pena, es muy natural; pero le enviarán á usted mucho dinero,... y usted lo cogerá y con mucha razón. Vea usted como no dice que no. Esto va á ser una lluvia de oro para todo el país... ¡Qué movimiento habrá! ¡Qué alboroto! Coches con cuatro caballos, postillones empolvados, *rallye-papers*, cazaras con galgos, bailes, fuegos artificiales... Y aquí, en este bosque,

en esta calle por donde vamos, encontraré otra vez quizás París, antes de poco tiempo. Aquí volveré á ver las dos amazonas y los dos pequeñitos grooms de que yo le hablaba ahora. ¡ Si usted supiera qué bonitas están á caballo las dos hermanas! Una mañana he dado detrás de ellas toda la vuelta al bosque de Bolonia, en París. Aun me parece que las estoy viendo. Llevaban unos sombreros grises de copa, velitos negros bien pegados á la cara y dos largas amazonas sin talle, con una sola costura que bajaba por la línea de en medio de la espalda, ... y es necesario que las mujeres sean arrogantemente bien formadas para llevar amazonas de esa forma... Porque, mire usted, señor cura, con amazonas sin talle no hay trampa posible...

El cura, después de un rato, no prestaba ya ninguna atención á los discursos de Pablo. El coche se metió por una calle bastante larga y toda recta. Al final de esta calle el cura miraba venir á un jinete á galope.

—Mira tú, dijo el cura á Pablo, mira tú. Tú tienes mejor vista que yo. ¿No es Juan aquel que viene por allí?

—Ya lo creo que sí, es Juan. Reconozco su yegua torda.

A Pablo le gustaban mucho los caballos, y siempre, antes de mirar al jinete, miraba al caballo. Efectivamente era Juan, y viendo desde lejos al cura y á Pablo, agitó en el aire su kepis, en el cual llevaba dos galones de oro. Juan era teniente

en el regimiento de artillería, de guarnición en Souvigny.

Algunos instantes después se detenía al lado del cochecito, y dirigiéndose al cura le dijo:

—Vengo de casa, padrino, y Paulina me ha dicho que usted había ido á Souvigny para la venta... Pues bien, ¿quién ha comprado el castillo?

—Una americana: Mad. Scott.

—¿Y Blanche-Couronne?

—La misma Mad. Scott.

—¿Y la Rozeraie?

—Aún Mad. Scott.

—Y el monte... siempre lo mismo, madama Scott.

—Tú lo has dicho, replicó Pablo... La conozco yo á Mad. Scott... y nos vamos á divertir en Longueval... Yo te presentaré... Sólo que esto le da pena al señor cura... porque es americana, y por consiguiente, una protestante.

—¡ Ay! es verdad, pobre padrino mío... En fin, ya hablaremos de esto mañana. Yo iré á comer con usted, para lo que ya he prevenido á Paulina. No tengo tiempo de detenerme; estoy de semana y me es preciso estar en el cuartel á las tres.

—¿ Para la lección de esgrima?

—Sí, para la lección de esgrima... Hasta la vista, Pablo... Hasta mañana, padrino.

El teniente de artillería volvió á emprender el galope, y Pablo soltó las riendas á su caballo.

—Este Juan, dijo Pablo, es un buen muchacho.

—¡Oh! sí.

—No hay nadie mejor en el mundo que Juan.

—No, no hay nadie mejor.

El cara se volvió para ver otra vez á Juan, que se iba perdiendo ya de vista en las profundidades del monte.

—¡Oh! sí, lo es usted, señor cura.

—No, yo no, yo no.

—Pues bien, ¿quiere usted que yo le diga lo que pienso, señor cura? No hay nadie mejor en el mundo que ustedes dos. Esta era la pura verdad... ¡Oh! mire usted qué buen sitio para trotar. Voy á dejaf andar lo que quiera Niniche... Yo la he puesto Niniche.

Pablo con la punta del látigo acarició el costado de Niniche, que se puso á trotar con un paso del demonio, y muy contento decía:

—Pero mire usted cómo levanta las manos, señor cura, mire usted cómo levanta las manos. ¡Y tan acompasada! Es una verdadera máquina... Inclínese usted para verla.

El cura, por dar gusto á Pablo, se inclinó un poco para ver cómo Niniche levantaba las manos... pero él iba pensando en otra cosa.

II

Este teniente de artillería se llamaba Juan Reynaud. Era hijo del médico del pueblo que reposaba en el cementerio de Longueval. Cuando el cura Constantino, en 1846, vino á tomar posesión de su pequeño curato, un doctor Reynaud, el abuelo de Juan, se encontraba instalado en una alegre casita que daba vistas á la carretera de Souvigny entre los dos castillos de Longueval y de Lavardens.

Marcelo, el hijo de este doctor Reynaud, terminaba en París sus estudios de medicina. Era un gran amigo del trabajo y dotado de una rara y distinguida inteligencia. Fué recibido con el número primero en el concurso del grado. Estaba resuelto á quedarse en París y á buscar allí la fortuna... y todo ya le prometía la más dichosa y brillante carrera, cuando recibió en 1852, la noticia de la muerte de su padre, ocasionada por un ataque de apoplejía. Marcelo acudió en seguida á Longueval, con el corazón desgarrado. Adoraba á su padre. Pasó un mes al lado de su madre, y, al cabo de este tiempo, habló un día de la necesidad de su vuelta á París.